

LOS FANTASMAS DEL CARIBE

Una película de Felipe Monroy



ADOKfilms
production distribution



CINÉFORUM



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Département fédéral de l'intérieur DFI
Office fédéral de la culture OFC



Radio Télévision
Suisse





ADOK Films présente

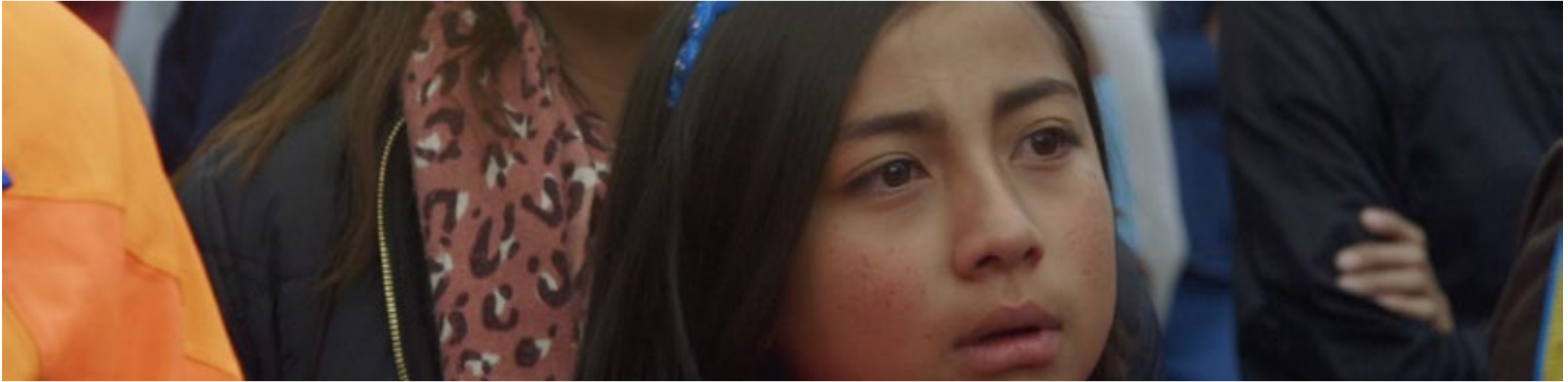


Los Fantasma del Caribe

Un film de Felipe Monroy

PRODUCTION ADOK FILMS, JOSE M. DEL BUIHE (PRD) - ADOK - COPRODUCTION CONGLUO CASTELLANOS FILMS, PULLI GARDUUE LAZARUE - PRODUCTEUR ASSOCIÉ FUNDACION CAMARAS DE COMERCIO DE PUERTO RICO - ECRITURE ET REALISATION : FELIPE MONROY - IMAGE : ANAVALD ALU - MONTAGE : FELIPE MONROY - ASPECTE DE COTE : JUANQUE ZANON - COTE : FELIPE MONROY - SOUND DESIGN : FUMASO CRESPO, FRANCIS HERRERA - PREMIER ASSISTANT REALISATEUR : JESUS GARRERA - POSTPRODUCTION IMAGE : CITE D'ARTS MACULIEX
AVEC LA PARTICIPATION DE L'EDITION ET LE SERVICE COMMERCIAL DE LA LOTERIE ROMANDE DE LA REGION DE LA CULTURE BELGE (RTR) EN QUATRE UNITES DES FILMS
VOTRE COMPAGNIE ESTE EN UN DROIT DE PROPRIETE BELGE DE LA FONDATION DES ARTS ET DES SCIENCES POLYTECHNIQUES





sinopsis

Regreso a Colombia después de 10 años de ausencia. Quiero entender el porqué de mis heridas. Confronto a mi familia y a los dolorosos recuerdos del pasado. La historia de mi familia al igual que la del país ha estado marcada por la pobreza, la violencia y la injusticia.

Por estos días Colombia se ha embarcado en un caótico proceso de paz y enfrenta su pasado al tratar de poner fin a más de 50 años de guerra civil. ¿Se puede hacer las paces con la propia historia, llegar a un acuerdo con uno mismo y perdonar, a pesar de las cicatrices indelebles?

notas del director

“LOS FANTASMAS DEL CARIBE” es el retrato íntimo de una familia colombiana, mi familia una familia humilde que pertenece a una clase media llena de carencias y necesidades. Este es el retrato de mi padre, mi madre, mi hermana y el mío, juntos caminamos por un período oscuro, marcado por la violencia del tráfico de drogas durante los años 80 y principios de los 90, cuando el país estaba bajo el dominio de Pablo Escobar, jefe del cártel de Medellín y sus tropas de asesinos.

A través de esta película, quería mostrar el presente de mi familia y los recuerdos de mi infancia: los que vuelven a mí y los de mis parientes. Es un intento de explorar, pero también de reconstruir la memoria. El mío, el de ellos y el de Colombia. ¿Cómo vivimos y crecimos en una ciudad donde los coches bomba explotaban todos los días? ¿Cómo ser un padre, una madre, un hermano, una hermana o una familia en tales circunstancias? ¿Cómo este pasado, su evocación o su olvido afectan la vida íntima de los protagonistas, su vida familiar, su vida social o la de sus familiares?

En esta película intento revivir el pasado como lo hicieron nuestros antepasados por medio de la tradición oral, las historias y los mitos. Quería inventar dispositivos cinematográficos contra la amnesia que estimulen el trabajo de la memoria.

A veces podemos observar en nuestros cuerpos las marcas de nuestra historia. Pero también estoy convencido de que otras huellas permanecen ocultas, escondidas en el interior, disueltas en lo invisible, escondidas en los silencios, incapaces de hablar. A veces las miradas, los rostros, los gestos y los cuerpos dejan entrever este mundo oculto.



Quería, recordar los recuerdos, soñar las imágenes que faltan, crear otras nuevas, también enfrentar su rechazo a veces para mirar hacia atrás y hablar sobre el pasado familiar, íntimo. Con él, imaginé dispositivos, inventé circunstancias, creé oportunidades para eludir este rechazo. Lo conduje por el sendero sensible de estas evocaciones emocionalmente cargadas.

Tengo una gran fascinación por este hombre y la forma en que cuenta sobre su vida, sus 15 años de prisión y sus más de 20 años deambulando por la calle en busca de comida en botes de basura. Sus historias surrealistas a veces tienen el color del mejor realismo mágico del escritor Gabriel García Márquez.

A medida que la historia de mi padre se desarrolla, la historia de mi madre, Victoria, se desarrolla. Una mujer indígena quien, a la edad de 14 años, cruzó el país desde la jungla del Putumayo en el sur de Colombia hasta las frías montañas de la capital, Bogotá. Mi madre, a diferencia de mi padre, tiene muchos problemas para hablar de su pasado. Muy rápidamente, su rostro muestra una expresión de profundo dolor, sus ojos se llenan de lágrimas, lágrimas de ira y frustración. Ella se ríe y me pide que deje de hacer preguntas. Ella es una mujer muy fuerte que ha tenido el coraje de no terminar su vida a pesar de sus pensamientos suicidas en varias ocasiones. Ella no quería dejarnos solos. En la película mi hermana Adriana y yo, el más joven en el exilio en Suiza durante siete años.

Hoy, tengo cierta perspectiva que me permite mirar hacia atrás y comprender cómo aprendí a vivir con todo esto, a vivir con todo eso en Suiza. Esta distancia también me permite entender cómo ha cambiado mi familia y mi país desde que me fui.

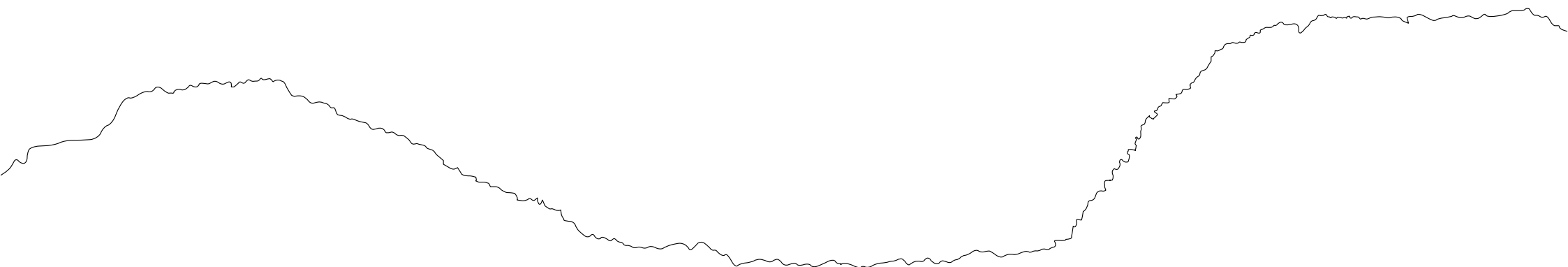
Mi película no se reduce al retrato de mi familia, pero a través de este retrato, recordando las aventuras atravesadas, observando las cicatrices, se dibuja la historia de todas estas modestas familias colombianas, quienes, en precariedad y peligro, han pasado por los sangrientos años de la guerra del narcotráfico en Colombia. Una guerra que ha degradado la vida íntima de cada uno de los protagonistas, como todos los ciudadanos colombianos, los ha herido, ha endurecido sus relaciones, ha alterado su confianza y en ocasiones los ha obligado a hacer cosas extremas.

La película evoca al Bronx o lo que queda de este barrio de Bogotá, donde mi padre pasó las tres cuartas partes de su vida, un trozo de Colombia en la época de Pablo Escobar.

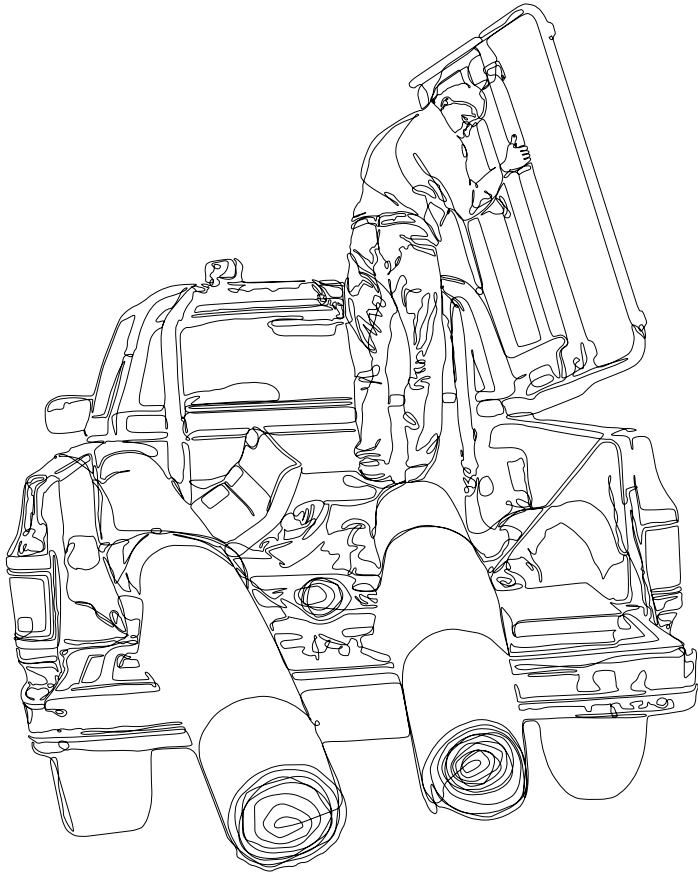
Esta película no es un acuerdo con mis padres o un juicio de valor con la sociedad colombiana. Espero rendir homenaje a quienes nos construyen y viven en nosotros, a menudo a pesar de nosotros mismos, con la fuerza de vida que existe en todos y cada uno de nosotros.

LOS FANTASMAS DEL CARIBE” es la continuación de un trabajo que desarrollé como director en torno a la memoria de mi país. Mi primer documental, Tacacho, habló sobre víctimas desplazadas por la violencia del conflicto armado, fue el comienzo de una serie de preguntas y preocupaciones que me habitan como colombiano y como cineasta.

Es necesario hablar de todas esas cosas que no se dicen entre sí. Los colombianos tendemos a reprimir recuerdos en lo más profundo de nuestra memoria, a ocultar el pasado y las heridas mal cerradas. Creo que el cine puede enfocarse en eventos pasados con una luz particular, darles significado, legibilidad, el cine puede ayudar a apropiarse del pasado y exorcizar a los fantasmas. Al volver al pasado de mi familia, el mío, mientras evoco con mi padre, mi madre y mi hermana las situaciones vividas, una luz hace legible parte de nuestra historia familiar y más allá de este ejemplo singular, una parte de la memoria del país.



los personajes



JORGE

Jorge proviene de una familia muy humilde. Su madre lo abandonó al nacer en la casa donde trabajaba como mucama. Víctima de una violación a la edad de 13 años por su empleador, le da la custodia del niño a una de las hermanas de su atacante. Este hombre nunca reconoció a mi padre. Finalmente admitirá su paternidad en su lecho de muerte y le aconsejará que nunca toque las drogas. Esta última revelación, sin embargo, inaugurará una vida marcada por la delincuencia y las drogas. Jorge pasará buena parte de su vida en prisión, donde terminará sus estudios y se convertirá en profesor de matemáticas. Desde su liberación de la prisión, trata de salir de su adicción, pero esta última siempre gana.

Hoy, Jorge es un hombre de sesenta años y estatura pequeña con ojos verde esmeralda. Él es un poco redondo y su voz chillaba como un pato. Es un talentoso matemático que ha aprobado su bachillerato y ha aprendido matemáticas en las diferentes cárceles de Colombia, donde ha sido encarcelado por delitos menores: robos, robos, estafas, etc. El crack ahora le ha robado los dientes y usa una prótesis dental a menudo muy pegajosa que sale de su boca por casualidad o cuando juega con muecas graciosas ante las muecas. Un ex adicto a las drogas, pasó casi 30 años en la calle, especialmente en El Cartucho, que fue muy famoso en la década de 1990 por ser la calle más peligrosa del mundo, en la ciudad más peligrosa en el mundo, Bogotá. En este distrito vivieron 6000 hombres y mujeres como él, en condiciones inhumanas, debido a su adicción al crack. Jorge ahora trabaja en la iglesia evangelista para el SDF de El Cartucho. Se hizo sacerdote a pesar de su hilarante ironía, su desbordante sarcasmo y el increíble retiro con el que habla de sí mismo y de su vida

Este hombre es mi padre Un padre a quien vi muy raramente durante mi infancia y con el que viví solo unos pocos meses cuando era adolescente. Pocos recuerdos me vienen a la mente cuando trato de pensar en él. Me viene a la mente la terrible ansiedad de estar fuera, mientras que Pablo Escobar había declarado la guerra al gobierno colombiano y los coches bomba estallaban todos los días en las calles. Cuando desapareció, fue durante años. Cada vez que creíamos que estaba muerto, siempre terminaba llamando desde una ciudad diferente o un centro de rehabilitación.

Solo he visto a mi padre dos veces en los últimos siete años. La primera vez, en 2007, cuando me fui a Suiza. Lloré de alegría al saber que en algún lugar mis sueños se habían cumplido, a pesar de que no entendía exactamente qué sueños eran.

Al principio, pensé que yo quería hacer fotografía. Luego se dio cuenta de que tenía algo que ver con el video. Incluso me animó, pensando que podía ganarse la vida filmando bodas, primeras comuniones, cumpleaños. Él piensa que vivo en Suecia:

“- Hola hijo mío, ¿cómo te va en Suecia?

- No, papá, es Suiza ...

- aaaaa! Si, si, si, Suecia ...

- ¡No, papá, ‘Suiza’ es Suiza! “

Luego nos vimos mientras rodaba mi primer largometraje documental Tacacho. Vino con mi madre en las profundidades de la jungla colombiana para apoyarme y ayudarme a transportar el material. Durante tres días, redescubrí a este hombre, animado por una increíble fuerza de vida. Escuché, estupefacto, las historias que acechaban detrás de sus muchas desapariciones. Sus ojos se llenaron de lágrimas, sus mejillas se sonrojaron de vergüenza, su humanidad llenó la habitación mientras sus historias surrealistas me transportaban a lugares inimaginables.

Cuando mi madre relata su versión de los hechos, me despiertan los recuerdos de mi infancia, marcados por la violencia infligida al país por el cartel de Medellín. La misma violencia que se vivía a diario en casa cuando mis hermanas y yo mirábamos, preocupados, el regreso de nuestra madre que tuvo que cruzar la ciudad para volver del trabajo.

La relación que tengo con mi padre es muy frágil porque es probable que surja el dolor del pasado en cualquier momento. El de un hijo que fue abandonado por su padre y que tiene que enfrentar al hombre que tanto daño ha hecho a su familia. Sé que delante de él tienes que ser capaz de actuar rápido, pensar objetivamente y poner las cosas en perspectiva.

A pesar de estos conflictos, nuestra relación física es muy especial. Cuando estamos juntos, un niño de ocho años se despierta en mí: me siento en su regazo, juego con su cara, me le pongo de espaldas mientras se deja ir sin decir nada. A menudo, se duerme incluso con la boca abierta cuando le acaricio el pelo. Traté de mostrar la evidencia de nuestro amor singular frente a la cámara, pero también la fragilidad que gobierna las relaciones humanas, nuestras ambivalencias, nuestras contradicciones, el amor y el odio que uno puede sentir simultáneamente por un ser cercano. Desde mi partida a Suiza y a pesar de la distancia, la relación que tengo con mi padre se ha fortalecido. Aprendió a usar Skype y escribir correos electrónicos. Compartir nuestras experiencias es una tarea difícil: ¿cómo hacerle entender el contexto de mi vida aquí y cómo entender la de él? Somos dos islas que se están acercando después de un intenso movimiento de placas tectónicas

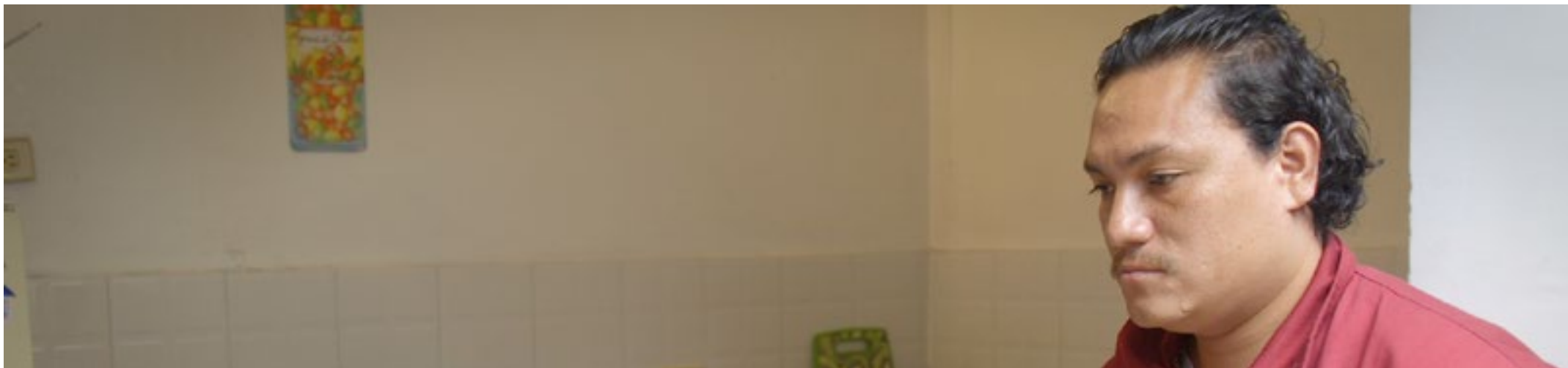
Jorge dedicó sus momentos de lucidez a ayudar a las personas sin hogar adictas a las drogas. Su disposición a luchar contra todo tipo de injusticias de las que los residentes de este barrio son víctimas es un aspecto importante de su carácter. Me parece interesante cavarla para poder conocer las intenciones que animan a este hombre y mantenerlo en contacto con El Cartucho. Jorge es una persona extremadamente generosa que está, en alguna parte, muy orgullosa de contar sus historias a todos y de ser un sobreviviente y un mártir. Él ha creado una distancia casi alucinante con su propia historia, se ha vuelto tan distante que cada una de sus experiencias se convierte en una broma por la cual él se ríe solo. Él no tiene piedad, habla por sí mismo en tercera persona, y sus comentarios sobre sí mismo se vuelven irónicos todo el tiempo.

Pero cuando se trata de comparar sus historias de vida y confrontarlas con las de mi familia, se ahorca; de repente se siente avergonzado, imposible para él lidiar con el dolor y la amargura en el rostro de mi madre, el odio de mi hermana, o las lágrimas de rabia que brotan de mis ojos. Sus recuerdos se vuelven borrosos y no puede recordar nada.

FELIPE

Nací en 1983 en Bogotá. Mi madre, de una comunidad indígena en Putumayo, ella crio a tres niños solos. No conocía a mi padre hasta que era un adolescente. Él era un adicto al crack, que vivía en la calle de Bogotá, en el barrio pobre de El Cartucho. Terminé mi bachillerato a la edad de dieciséis años, pero no pude continuar la educación superior porque tenía que trabajar para ganarme la vida. Luego me convertí en DJ en diferentes clubes nocturnos de Bogotá. Durante esta década de la vida nocturna, fui confrontado con muchas experiencias de vida muy violentas que me formaron para siempre. Sin embargo, siempre he soñado con el cine.

Y cuando conocí a personas con las que pude ir a Europa, aproveché la oportunidad para realizar mi sueño de comenzar estudios de cine. Una vez que mi visa de turista expiró, me quedé ilegalmente en Ginebra. Aunque estaba matriculado en la Universidad de Arte y Diseño de Ginebra, no tenía documentos. Fui convocado por el Estado de Ginebra para abandonar el territorio varias veces. Durante este tiempo, sobreviví a través de todo tipo de trabajos precarios y difíciles, siempre insistiendo por mi deseo de hacer películas. Mi situación se volvió regular en diciembre de 2010 gracias a la asociación federal con mi amigo. Pude dedicar toda mi energía a la realización de mis películas. Muy rápidamente, el documental me atrapó y es en el corazón de esta película que encontré mi camino.





VICTORIA

Vicky es una mujer de 67 años de una comunidad indígena en el sur de Colombia, los “Ingas”. A los 14 años, deja la choza donde vive con su gran familia, en las profundidades de la jungla.

Cansado de los abusos de su padre, comienza un largo camino para llegar a la capital del país, Bogotá. Durante su viaje, antes de llegar a “la estrella de los Andes”, experimentará toda la dureza de la vida y la crueldad de los hombres.

Ella va a la costa del Pacífico y durante este cruce queda embarazada de mi hermana Adriana. Pero debido a la violencia de este hombre, el padre de mi hermana mayor, ella huye de nuevo, temiendo que termine matando a ella y a su hija.

Vicky deja al niño a cargo de su familia en Mocoa y reanuda su camino. Esta vez, logró llegar a la capital y comenzó a enviar dinero a su familia y a su hija menor. Pero la vida no le da ningún regalo y en Bogotá tendrá que mostrar coraje, paciencia y resistencia. Después de haber pasado por muchas actividades sórdidas y haber vivido en la más aterradora precariedad, conoce a Jorge, mi padre.

Se reúnen en el instituto de clases vespertinas, donde mi madre se pone al día con la escuela primaria. Ella cuenta que vio a este hombre es hermoso y sus ojos son verdes como esmeraldas, dice que viene de una vida de miseria y adicción, pero que Jesús lo salvó y que es hasta el día de hoy un hombre nuevo. Al final de su historia, se acerca a ella y le dice con una sonrisa sincera: “Un día me casaré contigo”.

La vida parece estar del lado de mi madre y el momento del sufrimiento está lejos de terminar. Al comienzo de su matrimonio, las cosas parecen ir en la dirección correcta, ella está llena de esperanza y planes para el futuro. Pero muy rápido, todo se degenera y papá vuelve a caer en la grieta. Este es el comienzo del apocalipsis. Su vida se desmorona de nuevo, sus sueños se vuelven frustrantes y sus esperanzas se convierten en lágrimas y ansiedades. Viaja por el país, coloca a su esposo Jorge en muchos centros de desintoxicación, tratando de salvar al padre de sus hijos, para que no crezcan sin él.

Sus esfuerzos serán infructuosos y sus débiles economías comenzarán a desaparecer. Este es el comienzo de un período de precariedad durante el cual toda mi familia experimentará hambre; mis hermanas y yo usamos la ropa y los zapatos que los hijos de los clientes ricos de mamá ya no quieren usar, porque están manchados o rotos.

En ese momento, la guerra de Pablo Escobar estalla y el país se ahoga en un baño de sangre.

La sonrisa de mamá desaparecerá por varios años.

Mis hermanas y yo estábamos esperando en casa. A veces, desde lejos, se podían escuchar explosiones o ver temblar las ventanas de la casa. Siempre mirando por la ventana esperando que mi madre volviera, y por la noche nos sentábamos con mis hermanas frente al noticiero para mirar la lista de muertos y heridos. Finalmente, nuestra madre regresó muy cansada de su día de trabajo, a veces tan enojada y muy irritable. Nadie le había enseñado cómo manejar sus impulsos y, de niña, lo único que había recibido de su padre eran insultos y humillaciones. Desafortunadamente para nosotros, mamá había reproducido el mismo patrón para educarnos, porque era la única forma en que ella sabía. El precio de su frustración dejó profundas huellas en mis hermanas y en mí. Ella dice que no recuerda esas cosas, no así.

Victoria se vuelve violenta y muy agresiva, hermética, paranoica. La realidad parece alejarse de ella todos los días un poco más. Ella lucha mucho para aferrarse a la sabiduría. Luego finalmente se levanta y se convierte en una máquina en funcionamiento a pesar de las bombas explotando afuera. Saldrá todas las mañanas con su pesada mochila en la que se pone el pelo, la manicura y la pedicura, para embellecer a sus clientes de la comunidad judía, que vive en barrios ricos, al norte de Bogotá. Ella es una máquina de trabajo, la vemos muy raramente, los domingos en la iglesia o antes de que desaparezca por completo durante las vacaciones de Navidad con tabletas para dormir, tratando de olvidar su frustración y sabiendo que está Navidad, no habrá regalos ni pavos para sus hijos.

Ella dejará un plato con restos de jamón y queso que compra en la tienda de los ricos, si tiene suerte, uno de sus clientes le dará una pierna de pavo que compartiremos tres porque ella no estará con nosotros. La escucharemos llorar por unos minutos y luego ... silencio.

Hoy, a los 67 años, mi madre todavía usa su pesada mochila. Ella encontró la sonrisa, “gracias a Jesús”, dice, pero las huellas de sus años tristes se marcarán para siempre en las arrugas de su rostro, en la profundidad de sus bellos ojos marrones y en las pocas lágrimas que tiene aún paga cuando hablamos sobre el pasado.





ADRIANA

Mamá deja a su hijo, mi hermana, a expensas de sus padres y se va a Bogotá. Adriana creció con mis abuelos en Mocoa, en la selva. Viven en condiciones modestas, pero la tierra les da comida y el río sus peces y agua.

Rodeado por otros ocho niños, mis primos, Adriana creció en felicidad y juegos. Mi abuelo intenta redimir el daño que le ha infligido a mi madre poniéndose al día con Adriana, llenándola de atención y amor.

Ella vio muy poco de nuestra madre durante su infancia. Mi madre volvía a verlos una vez al año con regalos familiares, ropa, juguetes para los niños, cosas para la cocina de mi abuela.

Para mi hermana, mamá era una completa desconocida. Ella de hecho no había creado ninguna conexión y mi hermana estaba resentida con ella. “¿Quién es esta mujer que aparece una vez al año? ¿Y qué espera ella de mí? ¿Que la reciba con los brazos abiertos?”

Un día, mi madre le dijo por telegrama que se había casado, lo que lastimó mucho a mi hermana. Se sintió apartada, ya no era parte de la vida de mamá. Entonces nacimos mi hermana María Andrea y yo. Vicky le pide a su familia en Mocoa que envíe a Adriana para que la ayude en casa y cuide a los niños en Bogotá.

Adriana, que se había quedado en el área de Putumayo, llega a la edad de 15 años para cuidar de mi hermana Andrea y de mí. Su vida entonces cae completamente. No más infancia, no más escalada en los árboles, pesca en el río, caza en el bosque; y lo peor, vivir lejos de sus abuelos a quienes ama como sus propios padres.

Ella se va a vivir a la capital con una mujer que es más extraña que su propia madre. Ella se va para convertirse en la ama de llaves y niñera de los hijos de esta dama. Ella se va por una vida y una ciudad de miseria, su vida se convierte en una pesadilla. Tan pronto como llega a Bogotá, ella conoce la tragedia del abuso de un hombre sin escrúpulos. Pero eso solo será el comienzo de su desgracia. Mi madre se vuelve odiosa y descarga toda su violencia verbal y físicamente contra mi hermana.

Invoca palabras fuertes llamándola prostituta, diciéndole que ya no es su hija, mi hermana está muerta arrastrada por mi madre alrededor de la casa con su largo cabello negro.

A pesar de esto, nunca escuché a mi hermana hablar mal de nuestra madre. Una extraña sensación se apodera de ella, que recuerda el síndrome de Estocolmo que la hace amar a su abusador. Finalmente, es su madre y solo tiene una, también es la única familia que queda en esta ciudad de horror. Ella busca sin éxito ser amada por esta mujer y nunca pierde la esperanza, incluso hoy.

Cuando mi madre quería atacarnos, Adriana se interponía en el camino y recibía todos los golpes en nuestro nombre. Ella nos protegió y tuvo que criarnos, porque vimos muy poco a nuestra madre, por su trabajo.

Se convirtió en una esteticista, un trabajo que aprendió en París, una ciudad donde estuvo gracias a su trabajo de “au pair” a fines de la década de 1980 durante dos años.

De vuelta en Colombia, practica su nueva profesión con los clientes ricos de mi madre y en hoteles de lujo.

Pero ella nunca se ha alejado de nosotros, siempre ha estado allí, para acompañarnos en los momentos difíciles de nuestra infancia. Nos amaba como a sus propios hijos, tal vez porque a la edad de 20 años ya había tenido varios abortos y los doctores le dijeron que sería un milagro si alguna vez tuviera hijos. Pero los milagros existen.

A la edad de 32 años queda embarazada y espera a una preciosa princesa a quien llamará Sofía. Han pasado siete años y, como madre soltera, continúa luchando duro para llevar comida al plato de su ángel. Ella vive una vida muy humilde y le enseña a su hija a vivir precaria pero honestamente. Nunca había visto tanto amor de una madre por su hijo.

Adriana mantiene su brillante sonrisa en sus labios. Sus enormes ojos marrones todavía brillan como los ojos de un niño. Ella es una mujer cariñosa y tierna, a pesar de que tengo treinta años, aún sigo siendo su pequeño hermano amado.

EL CARTUCHO Y EL CRACK

A principios de la década de 1980, Colombia se convirtió en el mayor exportador de cocaína que el mundo haya conocido.

Sin embargo, el consumo y el mercado interno de cocaína se mantuvieron muy bajos. La cocaína se consideraba una droga para los ricos y especialmente como una forma de envenenar a los “gringos”, la mayoría de los colombianos no la compraron.

Una vez terminada la fabricación del alcaloide, quedaba una base amarilla que se descartaba y de la cual era difícil deshacerse sin dejar rastros. Los químicos que trabajaban para los narcotraficantes descubrieron que la base que quedaba era un narcótico muy poderoso, eufórico y alucinógeno, crack. Por un proceso que requirió muy poca inversión económica, ya que fue suficiente para mezclar esta base con ácido sulfúrico y éter, fue posible fabricar un poderoso medicamento en grandes cantidades, lo que no solo resolvió el problema de los residuos, pero que aún permitía a los señores de la droga cosechar otros beneficios.

¿Pero a quién vender eso? Los “gringos” solo quieren coca y exportar el crack no generaría grandes ganancias; Tomaría grandes riesgos por muy poco. Por lo tanto, esta sustancia estará destinada a los consumidores locales. La clase media baja e incluso las personas adineradas en Colombia no han escapado al atractivo del crack. Pero el crack es una droga muy efímera que es muy poderosa. Su efecto dura solo unos minutos y el consumidor está obligado a tomar más y más.

El Crack es altamente adictivo y empuja a la gente a consumirlo frenéticamente. Los consumidores a menudo pierden la noción del tiempo, todos sus rumbos y tienden a desviarse de su vida social, a marginarse.



Luego crean comunidades donde pueden estar juntos y consumir constantemente; Así es como se crean barrios enteros en la ciudad de Bogotá, lugares de consumo conocidos como “Ollas” las “ollas”: micro ciudades de la ciudad, con sus propias leyes y sus sistemas de vida, lejos de cualquier punto de referencia socialmente aceptado. Entre estos lugares, una calle icónica, “El Cartucho” en Bogotá tenía la reputación del barrio más peligroso del mundo.

El Cartucho era un barrio donde vivían unas 6000 personas sin hogar. Fue el mayor centro de distribución de drogas y armas en Bogotá durante los años ochenta y noventa. Después de una política firme de recuperación del espacio público ordenada por la ciudad desde la década de 2000, el vecindario ha sido literalmente afeitado. Pero antes de que comenzaran las renovaciones, se perpetraron una serie de masacres que diezmaron a la población sin hogar. Estos actos de barbarie fueron cometidos por auxiliares de la policía conocidos como “Mano Negra” o “Limpieza Social”. En ese momento, mi padre vivía en este barrio como sin hogar. Fue testigo y fue víctima de actos maliciosos por parte de la policía y sus escuadrones de la muerte. A veces los asesinos incluso le pedían a mi padre que transportara los cadáveres a los contenedores de basura para que desaparecieran.

Este hombre ha vivido cerca de la muerte en todos los momentos de su vida. Hoy, la venta y el consumo de drogas se ha dispersado en diferentes áreas del centro de la capital, particularmente en tres concentraciones principales: “El Bronx”, “La L” y “Santa Fe”. Aunque están geográficamente separados, estos barrios están sujetos a los mismos modos y códigos de funcionamiento que el antiguo Cartucho, es decir, sus estructuras, organización y jerarquía reproducen los principios aplicados por los antiguos líderes de las pandillas.

Bogotá es una ciudad habitada por más de 12 millones de personas, pero de acuerdo con el censo “oficial”, solo 7 millones de personas viven en la capital de Colombia.

En estas estadísticas no incluyen los millones de campesinos que acuden a la ciudad por las 80 víctimas del desplazamiento forzado por causa del conflicto armado de Colombia (guerra civil y el tráfico de drogas, paramilitares, guerrillas y los crímenes de Estado).

La mayoría de estos campesinos se asientan en las afueras de la ciudad, en barrios marginales donde familias enteras viven por debajo del umbral de la pobreza, aún bajo la amenaza de las milicias paramilitares que también se instalan en estos barrios desfavorecidos.

Bogotá es una ciudad de contrastes y contradicciones. Según Philippe Revelli: “Tener veinte años en Bogotá, ¿es tener un teléfono móvil y un automóvil de lujo para inspeccionar los barrios elegantes de la ciudad? ¿Es vivir en las calles de vecindarios miserables y terminar asesinado por milicias paramilitares al final de una rapiña que habría salido mal? ¿Está dejando una familia de clase media para unirse a los movimientos guerrilleros que ocupan “la montaña”: las colinas boscosas del país? “

Si menciono todo esto, es porque la pintura de la capital colombiana no ha cambiado tanto, excepto en las apariencias, ya que todos estos años, los años de Escobar, los años de mi infancia. Bogotá es un peligroso camaleón que logra esconder la trágica realidad de Colombia ayer y hoy.

Las políticas de planificación y desarrollo de la ciudad ayudan a eliminar la visibilidad de las víctimas y nos hacen, como ciudadanos, cómplices en esta perniciosa dinámica del olvido.

Bogotá borro la sangre de los inocentes que cayeron bajo la violencia, la borró de sus calles y la sacó de sus muros. Fue hecho en 1948, cuando el centro de la ciudad fue incendiado y cientos de personas murieron allí, lo hizo nuevamente cuando los guerrilleros del M-19 tomaron el Palacio de Justicia y el Gobierno decidió incendiar el edificio y derramar sangre, causando consecuencias desastrosas y cientos de muertos y desaparecidos.

Lo hizo de nuevo cuando explotaron los coches bomba de Pablo Escobar, y el resultado fue aún más sangriento que los otros dos ejemplos.

Hoy Bogotá es una ciudad en pleno desarrollo. Podemos ver grandes centros comerciales, ventanas de Louis Vuitton y Prada, barrios de lujo, apartamentos cuyo valor se calcula en millones de dólares y ya no en pesos. En sus calles, los carros blindados cruzan la ciudad a toda velocidad y la gente se alinea para comer en restaurantes gourmet a precios exorbitantes. En otros lugares, los restos de “El Cartucho”, recientemente arrasados, se han convertido en un estacionamiento. La “limpieza social” se ocupa de los desamparados restantes y los paramilitares “reintegran” la vida civil de los desplazados que venden flores o ruegan a las luces rojas. Es la ciudad del nuevo turismo, la ciudad “a 2600 metros, la más cercana a las estrellas”.

Pero, ¿a dónde fue toda la historia no escrita de esta ciudad? ¿Dónde están gritando las víctimas del horror y el llanto? Tal vez todavía hay partes de él en los ojos de mi madre, en la miseria de mi padre, en la tristeza de mi hermana, en mis propias lágrimas y en los recuerdos de mi infancia.



bio-filmografía



Felipe Monroy es egresado del Departamento de Educación Cinematográfica de HEAD / Geneva (Universidad de Arte y Diseño). Nació en Colombia y ha vivido en Suiza durante ocho años. LOS FANTASMAS DEL CARIBE es su tercer largometraje.

- 2018: Los Fantasmas del Caribe, doc. 89 ‘
- 2015: Mientras tanto, en Beirut, doc. 70
- 2013: Tacacho, doc. 90
- 2011: Carla, doc. 15’.
- 2010: Nuestros sueños son tus pesadillas, ficción 4 ‘, colección “The Fault to Rousseau”
- 2009: Dos noches y un día de amor, ficción 22 ‘.
- 2008: Ni una palabra, ficción, 10 ‘.

Ifdc credits

LOS FANTASMAS DEL CARIBE

Película de Felipe Monroy

Produccion
Adok Films José Michel Buhler

Coproductores
Camille Laemle, Les Films d'Ici
Consuelo Castillo

Productor asociado
Fundacion Camara Oscura Giuliano Cavalli

Imagen
Arnaud Alain

Montaje
Yaël Bitton
Asistente
Gabriel Gonzalez

Sonido
Carlos Ibanez
Hugo Leitao



DOCUMENTAL 2018 80 MINUTOS ESPAÑOL Y FRANCÉS SUIZA, FRANCIA, COLOMBIA

ESTRENO MUNDIAL: VISIONS DU REEL 2018 - COMPETENCIA INTERNACIONAL LARGOMETRAJE
DOCUMENTAL.

PRODUCCIÓN ADOK FILMS, JOSE MICHEL BUHLER, EMILIE MOOR - COPRODUCCIÓN CONSUELO CASTILLO, LES FILMS D'ICI, CAMILLE LAEMLE - PRODUCTOR ASOCIADO FUNDACION CAMARA OSCURA, GIULIANO CAVALLI - DIRECTOR Y GUIONISTA FELIPE MONROY - FOTOGRAFÍA ARNAUD ALAIN - MONTAJE Yael BITTON ASISTENTE GABRIEL GONZALEZ - SONIDO DIRECTO FELIPE MONROY DISEÑO DE SONIDO Y MEZCLA CARLOS IBANEZ, HUGO LEITAO - PRIMER ASISTENTE DE DIRECCIÓN DIEGO BARRERA - POSTPRODUCCIÓN C-SIDE, DAMIEN MOLINEUX - CON LA PARTICIPACIÓN DE CINEFOROM Y LE SOUTIEN DE LA LOTERIE ROMANDE, DE L'OFFICE FEDERAL DE LA CULTURE, DE LA RADIO TELEVISION SUISSE, UNITE DES FILMS DOCUMENTAIRES, IRENE CHALLAND ET GASPARD LAMUNIERE, DE LA FONDATION ERNST GÖHNER ET DE STAGE POOL FOCAL

PRODUCTION / DISTRIBUTION
ADOK FILMS

8, RUE DES MORAINES - CH 1227 GENÈVE
+41 22 566 53 33
WWW.ADOKFILMS.NET